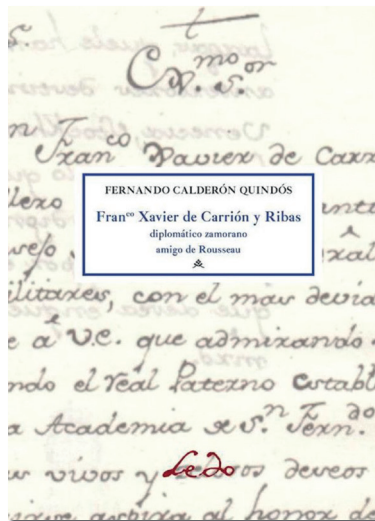


Fernando CALDERÓN QUINDÓS, *Fran<sup>co</sup>. Xavier de Carrión y Ribas, diplomático zamorano amigo de J.-J. Rousseau*, Benavente, Centro de Estudios Benaventianos «Ledo del Pozo», 2018, 101 págs.

En poco más de cien páginas se reconstruye aquí una biografía personal modélica, magnífica su descripción literaria y también la fundamentación argumentada de los hechos históricos que recorrieron la vida de aquel diplomático español a finales del Antiguo Régimen. Una obra que podría incluirse dentro de los parámetros de la microhistoria, del estudio de caso y de la biografía histórica en clave socio-cultural, y que Fernando Calderón resume como la reconstrucción vital de un eficaz servidor de los gobiernos ilustrados y buen representante de toda aquella época del siglo XVIII, al hilo de sus vínculos afectivos con otra figura clave de la centuria, J.-J. Rousseau.



Gran conocedor de la figura de Rousseau, el autor entremezcla la figura de aquel ginebrino universal con el activo quehacer por diversas cortes europeas y la trayectoria política de nuestro protagonista, informando sobre cómo los dos amigos fraguarían su estrecha relación personal, carteándose, citándose fraternos y coincidiendo en varias ocasiones, también, por ejemplo, en cuanto a sus planteamientos contrarios al lujo existencial («en la independencia dentro de la cual quiero vivir... y acallando la vanidad... empecé la reforma por mi compostura; me quité el oropel y las medias; tomé una peluca sencilla y vendí mi reloj», clamaría en sus filosóficas *Confesiones*). Así, magistral, esta obra constituye un magnífico elogio a los méritos bien educados e ilustrados (siguiendo también el *grand tour* de aquellos tiempos para cualquier joven ambicioso privilegiado —hablaba cinco idiomas—) de ambos ilustres personajes.

Francisco Javier de Carrión y Ribas era «joven dotado de mucho talento» según su necrológica y homenaje póstumo publicados en la *Gaceta de Madrid* en febrero de 1779. Hasta ser nombrado contador general de órdenes militares (1765) y diputado del común por Madrid en 1766 (alcanzando finalmente los merecidos honores), su carrera diplomática le condujo por distintas capitales europeas. En 1743 conoció a Rousseau en Venecia; inseparable la amistad de

aquellos dos amantes de músicas y mujeres, aunque «con bolsillos tan escuálidos no deba uno meterse a galanteador». Después, en Estocolmo, despacharía con el poderoso Carvajal y participaría del espíritu científico del momento, tras haber pasado antes por Viena, en misión reservada y secreta junto con Grimaldi, a donde volvería de nuevo, sufriendo allí notables carencias y falta de comodidades, tantas que solo pudo ofrecer a sus criados «la librea más lisa y llana que pueda dar un ciudadano» y hasta dispendioso le resultaba vestir sus viejos ropajes, quejándose mucho de carecer de «vestuario de verano ni atuendo ligero que ponerse... sin poder prescindir tampoco de un traje de gala si quiere representar bien a España» en los lujosos festejos cortesanos vieneses con la decencia y elegancia requeridas. No retornaría a Madrid hasta 1756 (atendiendo entonces algunos de sus asuntos zamoranos familiares), para llegar un año más tarde a París —en su delegación hasta 1763—, donde ya nombrado secretario de la embajada se reencontraría con Jean-Jacques, para recalar en la conflictiva y beligerante Londres posteriormente. En ambas ciudades la «etiqueta oprime menos», aunque el negro se impusiese nada más llegar a Versalles debido a varios principescos lutos funerarios que obligaron a la confección de la indumentaria imprescindible y el atrezo de las antesalas de la legación durante seis largos meses; entonces, como el lucimiento personal y patrio estaban en juego, patente cuidaría la exhibición del hábito y cruz de su recientemente concedida orden de Santiago y ataviarse apropiadamente fue una de sus prioridades («espejo de su nación» gastaría por encima de lo que su sueldo le permitía para no «ser segundo a ninguno de mi grado»). Modelo de virtuosa *hombría de bien*, formada, ilustrada y viajada, leída y escrita, de aquel fiel burócrata castellano.

Resumo desde esta óptica de la apariencia pública la trayectoria profesional de Carrión y Ribas, desarrollada por el autor a lo largo de una docena de breves pero intensos capítulos, que se desarrollan siguiendo fielmente el devenir cotidiano de la correspondencia semanal conservada de nuestro protagonista, siempre comprometido viajero y escribiente erudito, entremezclada con otros muchos datos rescatados con enorme esfuerzo y durante más de diez años procedentes de numerosos archivos nacionales, provinciales y municipales, notariales y nobiliarios, y que conducen al lector desde la comarca de Aliste, a Zamora, a Madrid... y al mundo.

Desde su cosmopolitismo universal regresaría al Madrid castizo de 1764, para solo viajar ya desde allí a tierras zamoranas. Todavía casaría ‘casi mozo-viejo-rico’, pero, pronto viudo, de nuevo en la capital, en febrero de 1779 su testamento mandaba, clásico, que se vistiesen a doce jóvenes pobres de su parroquia, comprando a cada uno «por solo una vez» una indumentaria básica. Hasta julio de ese año no se inventariaron, tasaron y vendieron sus bienes en pública

almoneda. Los aposentos de su acomodada vivienda de dos plantas resultaban acordes a su calidad, bien provisto y moderno su ajuar familiar. Berlinas y tres bastones de paseo para los días de gala. Buena biblioteca. Vajilla a la chinesca y besuguera completaba su servicio de mesa y mantel. Un tablero de damas junto a tinteros, salvaderas y plumas sobre su escritorio. Más de un centenar de sillas, taburetes, bancos y canapés reunían una sillería dispuesta *para recibir* con el necesario asiento para todos sus amigos e invitados a las veladas y tertulias celebradas en su domicilio, entre velones y candeleros y frente a chimeneas y braseros. Papeles de música próximos a un buen número de jícaras de loza para los festejados chocolates. Alfombras, arañas de cristal, espejos de cornucopias y varios relojes destacaban en su surtido mobiliario. Higiénico, contaba con navajas de afeitar y tenacillas para las uñas. También su vestuario era amplio: más de una docena de vestidos de paño o terciopelo, con su casaca, chupa y par de calzones a juego; solo uno ‘hechura antigua’ para la Semana Santa y otro negro para lutos; treinta camisas de trué, quince de lienzo más fino y otra docena más bastas, remendadas o peor tratadas; abundante asimismo el guardarropa y los accesorios de tocador de su difunta esposa (escofietas, rascamoños, pañuelos de gasa, peinadores y decenas de abanicos).

Cuán diferentes sus comodidades domésticas y apariencia externa de la mostrada por su antecesor don Alonso de Carrión y Losada, tras el registro de sus últimas voluntades justo un siglo antes, y eso que ya era regidor perpetuo de Zamora, cuando depositaba en su viuda doña María de Alba y Espinosa, junto a dos casas principales, «un tocino de una arroba y dos pernils». Dos hombres ataviados a la usanza requerida por sus posiciones privilegiadas, pero visual y culturalmente muy contrastados.

Mayorazgos, títulos militares, regidurías perpetuas, hidalguías, matrimonios linajudos y fundaciones piadosas informan sobre alcurnias antiguas, su currículum vitae, educación, espíritu moderno y guardarropa, ser nombrado académico de la de San Fernando y de la russoniana (nada impía) Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País dicen del progreso de una nueva nobleza de servicio a la Corona borbónica que debería ser el ejemplo del mérito como virtud distintiva para guiar el desarrollo nacional. Por encima de los valores de la familia primarían ya intereses cada vez más individuales. Aquí, perfectamente documentadas ambas trayectorias en un mismo ciudadano, don Francisco Javier de Carrión y Ribas constituye un prototipo modélico de figura de calidad, pero estudiosa y cultivada, a caballo entre el peso de los honores tradicionales y las novedosas referencias de ascenso que protagonizarían el lento cambio social ilustrado de la España de finales del Antiguo Régimen... y todo ello a pesar de que el desempeño de sus buenos oficios y desvelos apenas se

viesen recompensados por un incremento sustancial de su mediocre asignación dineraria anual.

Animo a la lectura de tan interesante biografía (incluido el lúcido prólogo del maestro Gómez Urdáñez, enmarcando la política de la época desde la propia trayectoria diplomática y humana de don Francisco Javier): no saldrán defraudados, ni ante la brillantez de la prosa del doctor Calderón, por la calidad de esta muy cuidada edición ilustrada, así como por la enorme calidad de los datos aportados (abriendo una nueva vereda en el viaje por los diferentes caminos de la Ilustración española y europea) para avanzar en el conocimiento de la vertiente cultural de las sociedades pretéritas siguiendo esta sobresaliente publicación inmersa en los objetivos de la Nueva Historia Social.

MÁXIMO GARCÍA FERNÁNDEZ